

PRÓLOGO

Es útil un arte de la palabra desde los griegos y romanos hasta nuestros días, pues sin él la comunicación permanece rudimentaria como todo lo no sometido a un proceso de perfeccionamiento. Por esto quienes juzgan semejante arte como verboso y perjudicial ignoran mucha historia y confunden la mala disciplina con la buena, que fue siempre enemiga de la gárrula.

Educador del Imperio Romano en el siglo I de nuestra era, Quintiliano es el último codificador de los principios del arte de la palabra, y nos ilustra acerca de un programa de formación humana integral, porque la palabra bien cultivada educa al hombre intelectual y espiritualmente. Como Protágoras, Quintiliano puede decirle a cada cual: “Si te relacionas conmigo, serás mejor de lo que eras cuando llegaste”.

En este ensayo resumo y comento las *Instituciones oratorias*, obra llamada también *La educación de un orador*, en la que lucen una medida y sentido común raros en tan delicada materia; y el ensayo

quiere ser útil a quienes desean enriquecer su cultura y mejorar su expresión verbal y escrita, integrando un saber especializado en un saber humanista.

La idea central de las *Instituciones* es que el hogar y la escuela son puntos de partida hacia el hombre civilizado, con formación profesional y humanista, porque —dice Quintiliano— “la manera de colocar el vástago determina el desarrollo del árbol”, “y naturalmente conservamos lo que aprendimos en nuestros primeros años como las vasijas nuevas conservan el primer olor del licor que recibieron”.

Quintiliano acompaña al alumno desde los primeros años, lo educa por la palabra, cuya enseñanza culmina en la escuela de retórica después de haber pasado por la escuela elemental y de gramática.

El libro primero y parte del segundo son una pedagogía que sirve a la educación moderna por medio de muchos principios permanentes, y porque su autor no es sólo un teórico, sino también un hombre cuyas experiencias, adquiridas durante veinte años de magisterio, le dan mucha autoridad en la materia.

Enseña luego cómo hablar persuasivamente, probando que un arte de la palabra existe, pues si el poeta nace, el orador se hace.

El manipuleo de las ideas; su distribución en el discurso; cómo expresarlas con claridad y sencillez; el manejo de la voz, los gestos y ademanes; la estructura lógica y los ornamentos; en fin, un arte de persuadir por la palabra, están en las páginas de la obra, resumida y comentada en este libro.

El último libro de las *Instituciones* contiene un capítulo sobre la relación de la filosofía con el orador. Niegan algunos que se trate de un humanismo, fundados en la débil razón de que Quintiliano es un romano, y, como los romanos en general, se opone a la enseñanza de la filosofía en el sentido transcendente, o se desinteresa de ella, si bien recomienda la filosofía práctica o moral. Yo explico este punto de acuerdo con el contexto de la obra y otras circunstancias de la época, y dejo el mejor desarrollo del tema a los más capacitados.

Con la esperanza de que avive el interés por la obra de Quintiliano, tan mal conocida, ofrezco este libro especialmente útil a quienes practican el oficio arduo de enseñar.

ALBERTO VICENTE FERNÁNDEZ